

Espacio público en la ciudad socialista: entre la abundancia y la indefinición

Public space in the socialist city: between abundance and vagueness

Jelena Prokopljivic

Arquitecta

jelena_pro@yahoo.com

Resumen. Las ciudades socialistas, surgidas de las revoluciones sociales y de la reconstrucción tras la II Guerra Mundial se planificaron y desarrollaron con una abundancia y variedad formal de los espacios públicos. Las nuevas urbes se vertebraban alrededor de la gran plaza o del gran vacío central, el espacio público representativo del nuevo poder. Estos espacios, pensados para las multitudes en días señalados, permanecían vacíos durante el resto del tiempo y salvo unos pocos ejemplos, vinculados a los centros históricos, siguen sin un uso público definido y continuado. La macro estructura residencial, generalmente situada en el primero o segundo cinturón alrededor de la ciudad histórica, también tenía su foco en el espacio público que ocupaba grandes superficies en reflejo de los principios arquitectónicos y urbanísticos del movimiento moderno. Sin embargo, la apropiación de estos espacios por parte de la sociedad era siempre muy deficiente, dejando las enormes superficies con un uso muy reducido u ocasional. El artículo busca sistematizar, a través de algunos ejemplos significativos, las principales características formales del espacio público de la ciudad socialista, su posición e importancia en el tejido urbano, así como los usos pretendidos. Inevitablemente el espacio público formaba parte del discurso ideológico sobre la creación del entorno ideal para la nueva sociedad; se explicarán las principales connotaciones ideológicas inscritas en la configuración de los espacios públicos. La reflexión sobre el carácter heredado y la evolución de los espacios públicos en la era post-socialista servirán para concluir el texto.

Palabras clave. Espacio público; ciudad socialista; movimiento moderno; ideología.

Abstract. Socialist cities, which emerged from the social revolutions and the urban reconstruction after World War II, were planned and developed with formal variety and abundance of public spaces. New cities were structured around the great square or the great central empty space, which was the representative public space of the new political power. These spaces, which were designed to gather multitudes in special days, remained empty most of the time. Indeed, besides some spaces linked to historical centres, most of them persist nowadays without continuous and defined public use. The residential macrostructure –generally situated in the first or second urban belt around the historic centre– had also its focus on the large public space, reflecting the architectural and urbanist principles of the modernist movement. However, appropriation by society of these spaces was always deficient, leaving extended areas with reduced and occasional use. This paper intends to systematize through several significant examples the main formal characteristics of public space in the socialist city, its localization and importance in the urban fabric, so as the intended uses. Inevitably, public space was part of the ideological discourse about the creation of an ideal environment for the new society; thus, the main ideological connotations inscribed in the configuration of public spaces will be explained. The reflection about the inherited character and the evolution of public spaces in the post-socialist era will serve to conclude the text.

Keywords. Public space; socialist city; modernist movement; ideology.

Introducción

La abundancia y la indefinición son quizás las características de los espacios públicos que primero saltan a la vista en una ciudad socialista. Desde las plazas céntricas, avenidas representativas, conjuntos monumentales, hasta los parques, zonas recreativas o simples cinturones verdes, los espacios públicos ocupan hasta un tercio del territorio urbano, haciendo gala del urbanismo moderno, la higiene, transporte e igualdad de condiciones de vida para sus habitantes. A pesar de los buenos propósitos, una parte importante de estos espacios ha tardado muchos años en hacerse partícipe de la vida social, sobre todo cuando se trata de las zonas apartadas de los centros urbanos o históricos. Este artículo intenta, explicando las características de la ciudad socialista –su forma, desarrollo e ideología

subyacente— indagar en las razones por este abandono, involuntario o inducido, de los espacios públicos de muchas ciudades de Europa del Este.

Un gran número de ciudades de los antiguos países socialistas fueron en mayor o menor medida reconstruidas tras la segunda guerra mundial y el cambio del régimen político. También se construyeron ciudades nuevas —en la Unión Soviética, más de mil— en proximidades de nuevas plantas industriales o fuentes de recursos naturales. La planificación, urbanización y obra fueron ejecutados casi siempre con una rapidez excepcional, impulsados por la economía estatal y formando parte de proyectos nacionales encajados en planes quinquenales de desarrollo. La *tabula rasa* de la que partieron muchas de estas ciudades era estimulante en el sentido técnico y en el político, aunque su contenido social era el que más costaba reinventar. El contenido social, sistemáticamente identificado con el discurso ideológico, generalmente se traducía en un espacio público ordenado y omnipresente, aparentemente sin barreras sociales, accesible para todos y homogéneo en la forma y en el uso.

La arquitectura y el urbanismo de los países socialistas generalmente se dividen en dos principales etapas formales y temporales: el realismo socialista, entre principios de los años treinta y mediados de los cincuenta; y el modernismo socialista, que con diferentes modalidades locales —que algunos autores denominan posmodernismo socialista (Ljiljana Blagojevic, 2011)— duró hasta la disolución del sistema a finales de los ochenta. El realismo socialista, estilo inventado desde la literatura para asimilar las tendencias progresistas de todas las épocas históricas (Boris Groys, 2011), dio forma a importantes proyectos de la reconstrucción posbélica de los años cuarenta y cincuenta, produciendo formas y espacios neoclasicistas importados de la URSS de Stalin. La reconstrucción del centro de Berlín, de Varsovia, o la ciudad Nowa Huta en Cracovia son los ejemplos más conocidos aparte de Moscú, desarrollada parcialmente según el *master plan* de 1935, conocido como el plan de Stalin. La monumentalidad y la abundancia decorativa de la arquitectura estalinista creaban espacios públicos imponentes en el tamaño e historicistas en su organización geométrica, cerrada y limitada a una única fuga de perspectiva que marcaba la jerarquía de los espacios y objetos.

El modernismo socialista, variante del estilo internacional, adquirió protagonismo en la creación de espacios representativos a partir de mediados de los años cincuenta, con el “deshielo” de Khrushchev y sus críticas contra los excesos formales y materiales del realismo socialista. El discurso pronunciado en la Conferencia de Constructores, Arquitectos y Trabajadores en la Industria de Materiales de Construcción de 1954, considerado una suerte de manifiesto del modernismo de Europa de Este (Augustin Ioan y Marius Marcu-Lapadat, 1999), fue el punto de partida para el cambio formal. Las formas derivan del movimiento moderno y barrios, si no ciudades, son organizadas según la Carta de Atenas y la premisa corbusiana de “planta libre en la zona verde”. Hay que recordar, sin embargo, que la transición entre los dos estilos fue paulatina, y durante toda la década de los cincuenta se continuaba construyendo aquella arquitectura “nacional en la forma y socialista en el contenido”, que a mediados de los años ochenta dio pie a un *revival* de apariencia

posmodernista en forma de Palacio del Pueblo de Bucarest (Augustin Ioan, 1999) o Palacio del Estudio de Pueblo de Pyongyang.

Tanto en el primer como en el segundo periodo, el espacio público ocupaba el lugar central en la concepción urbana. Su composición, orientación o extensión, como también su relación con el tejido urbano heredado, tenían valor representativo para la ideología y el nuevo poder. En relación con la ciudad existente, los nuevos espacios públicos se crearon con la pretensión de prevalecer sobre lo antiguo, restar importancia a los espacios históricos disminuyendo los usos habituales de las plazas públicas, que muchas veces se convertían en aparcamientos. En el mismo sentido actuaba la falta de reconstrucción o mantenimiento de los espacios o conjuntos memoriales “incorrectos”, por representar el antiguo régimen o religión y también la sustitución de estos monumentos por otros afines a la nueva retórica: de la revolución, de los líderes, los héroes populares, la liberación y lucha antifascista, etc. Se dieron casos interesantes de intercambio de monumentos en Budapest –entre otras ciudades– durante los primeros años de la posguerra, aprovechando el mismo espacio memorial (Reuben Fowkes, 2002).

Así, por ejemplo, la Stalinalee (actual Karl Marx Alee) de Berlín oriental fue planificada como contrapeso, una versión nueva y alejada de la histórica avenida Unter den Linden. La Plaza de la Constitución de Varsovia, el nuevo centro de poder, creada paralelamente con la reconstrucción del casco antiguo de la ciudad en los años cincuenta, se situaba en la otra punta de la capital o se planificaba Nueva Belgrado como el nuevo centro administrativo de la Yugoslavia socialista a espaldas de la ciudad existente. Otras ciudades como Moscú o Pekín redefinieron simbólica o físicamente su histórica plaza central para hacer de ella el núcleo representativo del nuevo régimen socialista.

Si bien las plazas y avenidas centrales fueron concebidas –en reflejo de las tradiciones decimonónicas– como focos del poder en el espacio urbano, otros espacios más íntimos, como memoriales, parques o incluso los interiores de las zonas residenciales, también cumplían su cuota de representación ideológica. Aparte de ser escenario para los actos institucionales y recreación de los nuevos mitos populares, los diferentes espacios públicos también representaban el compromiso del gobierno con la calidad urbana de las zonas residenciales, la imagen moderna de las nuevas ciudades y el eterno anhelo socialista de acercamiento entre el campo y la ciudad. Forma, posición y escala del espacio público en la ciudad socialista vienen definidas por todas estas intenciones, que a su vez condicionaron el uso y la apropiación de estos espacios por parte de los ciudadanos.

Principales características de la ciudad socialista

El patrimonio arquitectónico que ha dejado la era socialista hace que sus ciudades se puedan reconocer y distinguir fácilmente de las ciudades capitalistas. Una impresión generalizada y tópica es la de una ciudad monótona por la infinidad de bloques de viviendas colectivas repetidos, unos pocos hitos urbanos de formas impensables, aislados en medio

de desmesuradas plazas públicas y avenidas tan anchas que casi se pierde la noción de distancia o de la existencia de algún vecino al otro lado. Sin embargo, la imagen es real sólo parcialmente: la macroestructura residencial no es exclusiva de los países socialistas, como tampoco lo es la construcción prefabricada, la zonificación urbana o la monumentalidad de los equipamientos públicos o administrativos. Asimismo, la construcción vertical o el predominio del sistema viario en el paisaje urbano son sobre todo signos de identidad de la ciudad occidental que el oriente siempre ha querido igualar o superar.

La disolución del “antiguo régimen” y los consecuentes cambios políticos, económicos y sociales generaron un debate en torno a las características de la ciudad socialista y la dirección que debía tomar la actuación arquitectónica y urbanística. Entre las conclusiones destacan las que afirman que la forma urbana de la ciudad socialista no representa ni un modelo nuevo ni exclusivo, como se había planteado y buscado inicialmente desde las alturas políticas e ideológicas, sino que posee elementos y características presentes también en las ciudades capitalistas (David Smith, 1996). Esta similitud se ha hecho más palpable a partir de los años sesenta y la aproximación de la arquitectura socialista al estilo internacional.

La ciudad socialista debe su forma y organización a las particularidades de la economía y política que promovieron su planificación y construcción (György Enyedi, 1996). Su principal característica es la propiedad pública sobre el suelo urbano, obtenida en los complicados procesos de nacionalización posteriores a la revolución socialista. Aunque en la mayoría de los casos, sobre todo en los países europeos, nunca llegó a la totalidad del territorio, la propiedad pública fue clave para facilitar la gran presencia del espacio público y zonas libres en las ciudades. Su extensión, superior a la media en los países occidentales (Roger Mateos Miret y Jelena Prokopljevic, 2012), estuvo sujeta más a criterios sociales y urbanísticos que económicos.

La planificación de la urbanización y la construcción formaba parte de los planes económicos y de desarrollo elaborados y ejecutados por el gobierno central. El sistema favorecía la rápida construcción e implementación de nuevos proyectos, pero el hecho de que las principales directrices inevitablemente tenían que venir desde el centro estatal, hacía que se perdieran las sensibilidades hacia las formas, materiales y necesidades locales. Se construía de manera masiva, sobre todo en áreas residenciales por la falta endémica de vivienda. Para satisfacer los niveles de producción previstos, se realizaban grandes series de edificios basados en esquemas similares. A partir de los años sesenta se insistió en la construcción mecanizada con elementos prefabricados, en detrimento de la calidad y la diversidad de las construcciones residenciales.

La macroestructura residencial se organizaba en unidades llamadas *microraion*, habitualmente de entre 5 000 y 15 000 habitantes, con todas las necesidades básicas de la vida cotidiana satisfechas en un radio de 150-200 m (David Smith, 1996). Aparte del abastecimiento y los principales servicios, el conjunto incluía escuela primaria, guardería, ambulatorio, biblioteca pública y las zonas verdes en más del 30% de la superficie. Varios *microraion* componían estructuras más grandes llamadas *raion*, mientras que diferentes

raion se agrupaban en distritos de hasta 300 000 habitantes. Los distritos se asimilaban a ciudades satélites; de hecho, la disposición de los nuevos complejos residenciales y las conexiones entre ellos eran particularidad de cada ciudad. El espacio público que formaba parte esencial del complejo residencial, ubicado entre los repetidos bloques de viviendas, era también repetido en su tamaño, forma o elementos de mobiliario urbano.

En definitiva, la propiedad pública sobre el territorio, la economía centralizada, como también la planificación urbanística, el sistema político de partido único, la sociedad presidida por el líder único, el control policial sobre los movimientos sociales de crítica y protesta y el consecuente control sobre el uso del espacio público eran los ingredientes para que toda la construcción y el espacio público fueran percibidos como totalitarios (Stefan Gheciulescu, 2006). Tanto la construcción residencial como la reconstrucción de los centros históricos formaban parte de proyectos de importancia nacional, especialmente cuando se trataba de ciudades capitales. Alrededor de estos proyectos y a lo largo del proceso constructivo se forjaban “leyendas de la nueva sociedad” que respondían a la ideología dominante. Generalmente, la edificación, exceptuando los edificios de máxima importancia nacional, tenía una presencia relativa en el discurso ideológico, más a modo de número o cantidad que como forma. Sin embargo, el espacio público, su posición, extensión y recorrido, ejemplificaban en mayor medida el relato del nuevo poder.

El contenido ideológico

El contenido ideológico formaba parte de los proyectos arquitectónicos y urbanísticos, aunque, a diferencia de las demás artes, este contenido era mucho más difícil de determinar o evaluar con exactitud. La abstracción del lenguaje arquitectónico, la multiplicidad de usos y usuarios o la lentitud del proceso de realización hacían que el mensaje ideológico aparentara diluido, resumido en los grandes temas del discurso cuando se trataba de proyectos de menor importancia representativa. Al contrario, los más importantes proyectos nacionales, instituciones, monumentos y memoriales, fueron concebidos como síntesis de la forma, función y contenido ideológico, ofreciendo una interpretación fácil e inequívoca.

La ciudad socialista nace del sueño de la igualdad social; por tanto, su arquitectura y espacio público buscan ser la materialización de esta idea. La igualdad no sólo se manifestaba en las condiciones de accesibilidad al espacio construido –a la vivienda y servicios–, sino también al espacio libre, considerado la extensión de la propia vivienda con el fin de mejorar su calidad. La superficie de esta prolongación del espacio privado de la vivienda llegaba a ocupar en algunos casos los mismos metros cuadrados por persona que la vivienda. En muchos casos, fue este exceso del espacio, junto a la falta de un programa de uso definido o simplemente la falta de mantenimiento, lo que restaba calidad al espacio público.

La ciudad socialista fue desarrollada de acuerdo con todos los hitos del urbanismo moderno. El orden y la higiene, por ejemplo, representados por esquemas ortogonales, con edificación

dispuesta según diagramas de asoleamiento y dirección de vientos dominantes. La división de la ciudad en zonas urbanas –trabajo, vivienda, recreación o circulación–, estructura pensada para incrementar el funcionamiento eficaz de la ciudad como organismo, fue el método principal de ordenación urbanística. La eficiencia y la comunicación se representan a través del sistema viario; la ciudad socialista es la ciudad de la máquina por excelencia y el transporte público o privado es el gran protagonista de su tejido urbano. Todas las grandes conexiones viarias son protegidas por “cinturones verdes” –franjas de hasta 100 m de ancho– que, aunque minimicen los efectos negativos del tránsito, casi imposibilitan la comunicación entre barrios vecinos.

A pesar de la igualdad como fundamento ideológico de la ciudad socialista, esta nunca estuvo exenta de cierta jerarquía espacial como consecuencia de la jerarquía política y social. El sistema de reparto de viviendas favorecía a las clases dirigentes, que a su vez preferían centros históricos por encima de los nuevos barrios, o bien sus zonas céntricas con más servicios y equipamientos. Se crearon barrios de acceso controlado o totalmente restringido destinados a la élite política: el llamado Bloku en el centro de Tirana, Dedinje en Belgrado o Majakowskiring en Berlín Oriental. En algunas ciudades como Pyongyang o Pekín, la composición de las zonas residenciales, con grandes avenidas, conjuntos simétricos y enfocados en un punto de perspectiva, contribuía a la percepción de jerarquía en los nuevos espacios públicos. Donde más fácilmente se ejemplificaba el carácter igualitario del espacio público fue en el caso de los exteriores heredados, de parques y jardines de los antiguos palacios de la burguesía o nobleza destronada, que tras su nacionalización se convirtieron en espacios públicos y abiertos (Nikola Dobrovic, 1946).

Los nuevos espacios públicos, como también los grandes edificios estatales creados para representar el nuevo régimen, sobre todo en las capitales, fueron construidos para encarnar la identidad nacional creada, el escenario vital del “nuevo hombre” y de la nueva sociedad, inseparables del poder triunfante. Sea compartiendo las características formales con el neoclasicismo para representar sus raíces históricas, o con el estilo internacional para conectarse con el mundo moderno, el espacio público de la ciudad socialista era esencialmente diferente de estos modelos. A pesar de sus pretensiones retóricas y modelos formales, el espacio público no estaba anclado en tradiciones nacionales, sino que se erigió para proporcionar el marco físico para las nuevas tradiciones y rituales inventados (Lawrence Vale, 2008).

Una tipología de espacios públicos en las ciudades socialistas

La dicotomía general entre las pretensiones y las ejecuciones de los proyectos, entre el discurso y la realidad, en definitiva, entre la sociedad utópica y la existente, es la que ha tenido más impacto en la forma y en el uso social de los espacios públicos de las ciudades socialistas. Este “doble carácter” ha sido también el que ha condicionado junto a la percepción del espacio público, que muchas veces se volvía negativa, su transformación post-socialista. En esta parte del texto explicaré la ocasional disonancia entre el modelo, la

ideología y la realidad a través de varios ejemplos, trazando una tipología de los espacios públicos.

La Plaza central

El espacio más importante de la ciudad socialista, a pesar de su igualitarismo declarativo es la plaza central, el claro símbolo de poder –sobre todo en las capitales– creado a partir de las plazas históricas como el escenario para los nuevos y multitudinarios rituales. Hablando sobre la plaza Tiananmen, Deyan Sudjic dice:

Tiananmen fue tanto la encarnación física como una representación metafórica de un nuevo orden político, un escenario teatral para que el régimen celebrara sus triunfos, amenazara a sus enemigos con desfiles de tanques y misiles, se definiera a sí mismo y contribuyera a afianzar su poder en un inmenso país. (2007, p. 91)

En estos rituales, las 44 hectáreas de la inmensa plaza se complementan con el recorrido lineal que ofrece la igualmente colosal avenida Chang An que atraviesa el centro de Pekín. Los trabajadores y ejército llenaban sus casi 100 m de ancho, moviéndose del este hacia el oeste para saludar al líder a la puerta de la Ciudad Prohibida y a la multitud en la plaza.

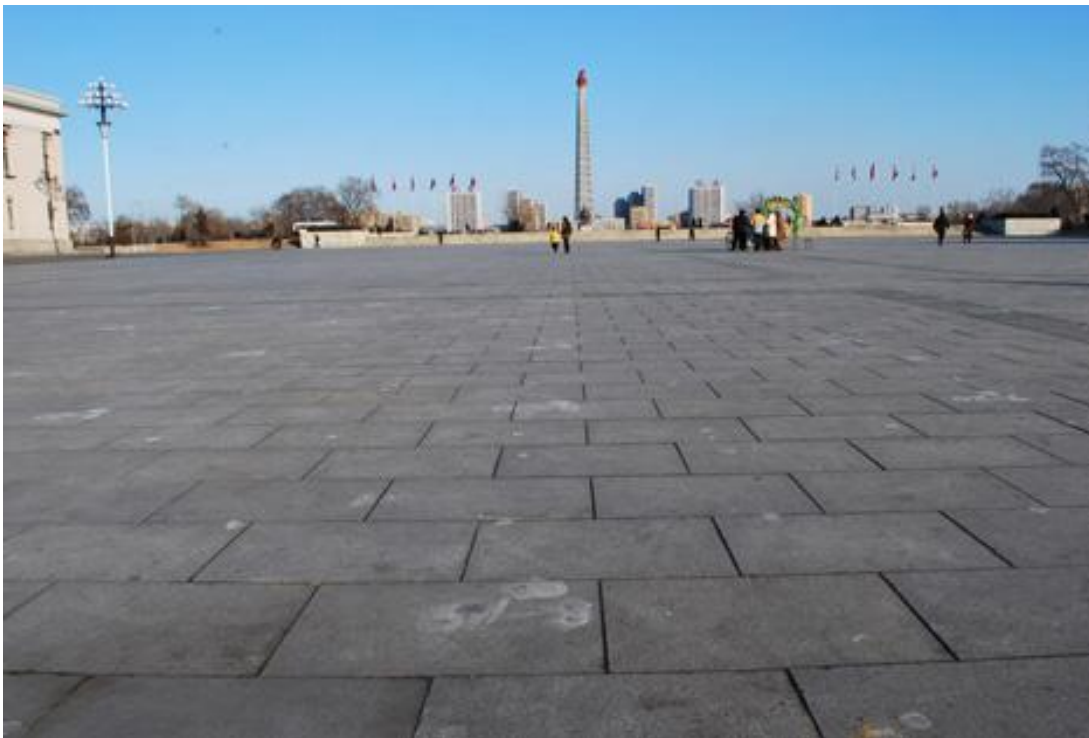


Figura 1. Plaza Kim Il Sung, Pyongyang. (Fuente: Autora)

Parecido a la Plaza Roja de Moscú, su gran peso simbólico e interés turístico, hacen que la plaza Tiananmen esté repleta de gente a todas horas, a pesar de su escala sobrehumana, del exceso de funciones administrativas en su alrededor y de que el mausoleo de Mao sea

el único foco de actividad. Todo lo contrario sucede con la plaza Kim Il Sung, que junto con la avenida Sungni y la explanada de la Torre Juche conforma el núcleo central de Pyongyang. La plaza fue el primer espacio en reconstruirse tras la devastación total durante la Guerra de Corea y, tras la última reforma de 1982, tiene una superficie de 7'5 ha. A pesar de estar rodeada por una mezcla de administración y grandes equipamientos culturales —el edificio dominante de la plaza es la biblioteca nacional, llamada Palacio de Estudio del Pueblo—, la plaza Kim Il Sung se mantiene vacía y limpia. Son perfectamente visibles las marcas pintadas en el pavimento que señalan la posición de los participantes en los desfiles masivos.

Como también ocurre con la plaza de la Revolución de la Habana o con la plaza de la Constitución de Varsovia, construida en 1953, la función de ser el escenario para una utópica y homogénea sociedad en vez de ofrecer un espacio de uso libre a la ciudadanía, ha contribuido, junto con un exceso de control preventivo de las actividades, a la poca apropiación durante el régimen de estos espacios de gran importancia urbanística (Jordi Borja, 2011).

La gran avenida

Dos principales tipos de avenidas intervienen en la forma urbana de la ciudad socialista: la avenida representativa en el centro de la ciudad y la avenida funcional en la zona residencial. Las dos comparten la escala urbana, superior a la heredada de los cascos antiguos y próxima a la de las metrópolis occidentales. También comparten la función dominante, ya que la mayoría de las avenidas centrales son flanqueadas principalmente por edificios residenciales. Así es el caso de las dos avenidas más conocidas de Europa oriental: Karl-Marx Alee de Berlín y Bulevarul Unirii (bulevar de la unión) de Bucarest.

Karl-Marx Alee, originalmente llamada Stalinalee, fue planificada como la avenida central de la Berlín unificada bajo el dominio soviético. De hecho, la primera piedra se colocó para conmemorar el setenta cumpleaños del dictador (Anders Åman, 1992, p.119-125), para recrear el esplendor de un bulevar haussmaniano trasladado a la ciudad socialista. Se utilizó la arquitectura monumental de realismo socialista para flanquear las anchas aceras de la avenida. El proyecto fue concebido por tramos, adjudicando edificios enfrentados a diferentes equipos de arquitectos para formar diversos microambientes enriquecedores para el espacio público.

Un modelo similar fue empleado unos treinta años más tarde en la concepción del entonces llamado bulevar de la Victoria del Socialismo, cuyo foco de perspectiva reside en la colosal “Casa del Pueblo”, el actual Parlamento de Rumanía. La construcción de ambos, emprendida tras el devastador terremoto de 1977, en una época de extremas dificultades económicas para el país, supuso un despliegue de tecnología, mano de obra y material sin precedentes. La reforma, llevada a cabo durante casi una década, supuso la remodelación de 8 km², el desalojo de 40 000 personas y la traslación mecánica de varias iglesias históricas para evitar su demolición y al mismo tiempo eliminarlas visualmente del nuevo

centro. El resultado es la espléndida avenida de alrededor de 100 m de ancho (más grande que su modelo, los Campos Elíseos de París) y 3'5 km de largo, con fuentes y vegetación decorativa que, formando una apariencia señorial, han facilitado, a la larga, la inserción de este espacio en la vida urbana. Sin embargo, esta inserción vino precedida por un trauma colectivo para los ciudadanos de Bucarest con la pérdida de un barrio histórico a favor de una construcción impuesta y ajena a los hábitos de la ciudadanía, similar a la construcción del Palacio de Cultura y Ciencia de Varsovia, que ha condicionado su significado y su uso social.



Figura 2. Calle Unirii en Bucarest con la sede del Parlamento Nacional. (Fuente: Autora)

Mientras las avenidas representativas de la zona central forman espacios públicos que invitan a ser visitados por su monumentalidad, aire historicista o glamour, las avenidas de la zona residencial, más alejadas del centro urbano, son espacios infrautilizados si se tiene en cuenta su enorme tamaño. Siguiendo las teorías de zonificación urbana, las avenidas perimetrales de la zona residencial son principalmente funcionales, pensadas para el tránsito, con los bloques de viviendas protegidos por tampones verdes. La circulación interior de la zona se organiza en vías de dos niveles de importancia: calles de la unidad vecinal y de aparcamientos, al tiempo que las grandes avenidas separan más de lo que unifican. Su escala contribuye a esta sensación: son avenidas de hasta 100m de ancho sin más contenido en sus aceras que vivienda.

Un caso especial, una mezcla de concepciones fue desarrollada en Pyongyang. Los nuevos barrios residenciales fueron planificados de manera axial, siguiendo las avenidas como foco de la actividad pública. El ancho de las avenidas, especialmente las recientes como Kwangbok o Tong Il, superaba los 100-120 m, con longitudes de hasta 6 km. Estas avenidas cuentan con comercios, restaurantes y centros de reuniones ocupando los bajos y alineados a las aceras, que generan un interés o impulso relativo de ocupar los exteriores. Sin embargo, cualquier intento de crear un espacio amable o acogedor, se ve diluido en la enorme escala de los espacios.

Similar a las plazas centrales, la creación de las avenidas en la ciudad socialista partió de una doble pretensión, ideológica y funcional, que a la larga ha dificultado su asimilación al uso continuado de los ciudadanos. Estas avenidas son también los vacíos representativos, sea del bagaje historicista, sea de la modernidad y progreso tecnológico. Su representatividad a menudo supera su funcionalidad básica vinculada a lo individual o lo local.



Figura 3. Avenida Kwangbok en Pyongyang. (Fuente: Autora)

Espacio público en la zona residencial

Los *microreion* de la zona residencial cuentan con numerosos espacios libres considerados la prolongación de la vivienda. Según el esquema ideológico, el acceso al espacio libre era un derecho igual que el derecho a la vivienda y existen zonas residenciales donde las superficies del exterior llegaban a los 20 m² por habitante. El sistema de manzana abierta, con bloques de viviendas plurifamiliares de entre 4 y 20 plantas, habitualmente, con

densidades constantes de 350 habitantes por hectárea, pero con poca ocupación del suelo, favoreció la creación de amplísimas zonas verdes, terrenos deportivos y zonas de juegos. Esta enorme reserva de espacio tuvo un uso limitado en la mayoría de los casos simplemente por falta de ordenación o mantenimiento.

Por otra parte, el sistema de planificación central preveía manzanas enteras de edificios uniformes y zonas libres destinadas únicamente a juegos infantiles, equipadas con repetidas series de mobiliario urbano prefabricado. Asimismo, la doctrina de estricta diferenciación de las funciones urbanas dificultaba la mezcla de contenidos concentrando todos los servicios en el centro del *microrraion*. Por eso era poco habitual que las actividades culturales o comerciales se extendieran al espacio público. Aún así, el escaso control sobre las actividades, junto al exceso de espacio sin ordenar, hacía que los ciudadanos se apropiaran con más facilidad de estos “restos” del espacio público. Similar a un patio de la casa tradicional, eran utilizados para lavar y arreglar el coche, hacer barbacoas, tomar el sol y montar duchas improvisadas, tender la ropa, etc.

Parque urbano

Junto con los terrenos de juego y los amplios espacios libres de las zonas residenciales, los parques urbanos son la parte mejor valorada de la herencia urbanística socialista. Se trata de zonas verdes de gran tamaño ubicadas generalmente en el segundo cinturón alrededor del centro, con un aspecto poco geométrico y parecido a un bosque urbano. Varios de estos grandes parques fueron formados anteriormente e incorporados en la estructura de la ciudad socialista, que debía mucho a las concepciones de ciudad-jardín. Así, los históricos parques Herestrau de Bucarest, Sokolniki de Moscú o Maksimir de Zagreb marcaron las pautas formales y conceptuales para los futuros parques en las respectivas ciudades socialistas.

Las grandes superficies parcialmente ordenadas para formar los “cinturones verdes” o “pulmones de la ciudad”, fueron planificadas de acuerdo con diferentes puntos del ideario socialista: integración del espacio natural en la ciudad, mejora de la calidad del aire y protección de las zonas residenciales del impacto medioambiental de las zonas industriales y autopistas, o recreación masiva, la forma preferida de usar el tiempo libre para el régimen socialista. Así, el parque con el lago artificial de Tirana se construyó a partir de 1955 como terminación natural de la principal avenida de la ciudad, ocupando unas 230 ha. En Belgrado, en 1967 se cerró una parte del cauce del río Sava, conectando su orilla derecha con el islote Ada Ciganlija para formar el lago artificial. La zona recreativa con playas, bosques y terrenos deportivos tiene hoy en día una concurrencia media de 100 000 personas diarias durante los meses de verano.

Varias de estas grandes superficies se desarrollaron alrededor de construcciones históricas o yacimientos arqueológicos, como por ejemplo el Monte Taesong en las proximidades de Pyongyang, el Parque Bitsevsky en Moscú o Kalemegdan de Belgrado. También las diferentes instituciones culturales se han ido instalando en los parques-bosques urbanos, como jardines botánicos o zoológicos, teatros, clubes deportivos o memoriales de la

revolución. Así, el parque Treptow a la orilla del río Spree de Berlín alberga un gran memorial a los soldados soviéticos, en los bordes del Bitsevsky se construyeron parte de las instalaciones olímpicas para los juegos de 1980, o el parque en la colina Moran de Pyongyang incluye un parque de atracciones. Esta mezcla de contenidos aumentaba el atractivo de los parques urbanos que en la actualidad son los mejor valorados espacios públicos heredados de la época socialista.



Figura 4. Lago de Tirana. (Fuente: Autora)

El tipo de planificación urbanística centralizada y sistemáticamente rígida hacia lo local, no beneficiaba la apropiación social de los espacios públicos, como tampoco su uso individual y espontáneo. Esto, sin embargo, formaba parte de la utopía de la nueva sociedad homogénea y masificada, una utopía que nunca se ha visto realizada completamente. Si bien las zonas centrales ofrecían menos facilidades para un uso particular diferente del planificado, su visibilidad las convertía en un inequívoco punto de encuentro, como por ejemplo, la explanada de la Torre Juche de Pyongyang –símbolo de la ideología norcoreana–, que se utiliza habitualmente para iniciar las citas ciegas. A partir de la década de los setenta, las subculturas urbanas marcaban su territorio en las esquinas opuestas de las plazas o en los parques urbanos, por supuesto, en franjas horarias que no interferían con el uso oficial de estos espacios. Por otro lado, el programa menos rígido del espacio público en las zonas recreativas y residenciales, dio lugar a una apropiación parcial sobre todo para usos comerciales. Los puntos de venta ambulantes y sus construcciones efímeras de los ochenta abrieron paso al *boom* de las construcciones ilegales de los noventa. A un

micro-nivel que se escurría al control urbanístico, estas apropiaciones dibujaban un mapa alternativo de los usos que ponía de relieve tanto las necesidades de la sociedad como los defectos del sistema.

Conclusiones

La tipología de los espacios públicos de la ciudad socialista ha obviado los conjuntos monumentales y memoriales, centrándose en los espacios más presentes en la vida cotidiana de las ciudades. Las plazas centrales, avenidas representativas, zonas libres de los barrios residenciales y grandes parques son un legado urbanístico de gran valor que se ha ido adaptando al cambio de sistema político y económico con más o menos suerte y con diferentes grados de modificación de su forma inicial. Esta adaptación ha sido condicionada por la forma, extensión, nivel de definición y mantenimiento de los espacios públicos. Aunque propios de los regímenes ya obsoletos, los espacios públicos más definidos y más representativos se han conservado con menos cambios formales y físicos. En cambio, aquellos espacios que impregnaban la zona residencial, menos definidos y en muchas ciudades inacabados, fueron los que absorbieron el aumento de densidades y los cambios de usos. La recalificación de los terrenos libres, que muchas veces incluían espacios públicos, supuso la construcción de nuevas viviendas, comercios u oficinas en los antiguos terrenos de juego, en las aceras de las grandes avenidas o bordeando los parques urbanos.



Figura 5. Comercios privados en las avenidas de la zona residencial en Nueva Belgrado. (Fuente: Autora)

La calidad del espacio público heredado se caracterizaba por la indefinición del usuario o de las diferentes posibilidades de uso del espacio, debido al imperativo de escenificar el imaginario ideológico antes que unas necesidades sociales reales. Su gran escala –a menudo consecuencia de la megalomanía representativa– dificultaba la ordenación y mantenimiento, como también la identificación de los usuarios con el espacio público. Hay que tener presente que, debido a la continua urgencia de construir más viviendas, los espacios públicos de proximidad quedaban semiterminados o sin terminar durante mucho tiempo. Este estado, quizás más que otras características del espacio público, fue el que generaba la imagen de abandono. Asimismo, el exceso puntual de control del uso del espacio, su poca flexibilidad o, en algunos casos, accesibilidad, disminuían la calidad y la participación social en los espacios públicos. La falta de organización ciudadana de nivel local, sumada a la poca coordinación entre los niveles local y central, impedían determinar necesidades, deseos y expectativas relacionadas con el espacio público de proximidad. Las iniciativas cívicas, aún en vías de desarrollo en los países del Este, son las que eventualmente acabarían definiendo los usos y acotando los usuarios del espacio público. La participación en el desarrollo de proyectos, exposición y debate público son todavía poco frecuentes cuando se trata de espacio público, incluso del que forma parte de la zona residencial.

Se puede argumentar que el nivel –y las maneras– de apropiación del espacio público han ejemplificado el ritmo de la transición social desde la sociedad pretendidamente homogénea con propiedad colectiva, hacia la diversidad de identidades y la propiedad individual. En una primera etapa, este proceso provocó choques y caos de ilegalidades urbanísticas, llenando espacios públicos de comercios temporales, ampliando el área de vivienda o aparcamiento en detrimento de las aceras, plazas y zonas verdes. Sobre todo fueron afectados los diferentes espacios públicos que formaban parte de las manzanas residenciales. Estos lugares, que según la época se definían como “espacios de todos, espacios de alguien o espacios de nadie” (Stefan Ghenciulescu, 2003), en algunos barrios fueron reducidos a medida que avanzaba la reparcelación y privatización del suelo urbano. El primer paso en la ocupación ilegal de las zonas libres fue la aparición de kioscos, pequeños comercios privados, en las vías más transitadas o cruces más concurridos. Esta primera apropiación, individual e interesada, que en gran medida acabó siendo temporal, definió los niveles de uso y de importancia de las zonas residenciales previamente conocidas con la apariencia de igualdad.

La abundancia del espacio público sigue siendo una característica y una riqueza para las ciudades desarrolladas o reconstruidas bajo el régimen socialista. Los cambios políticos de las últimas dos décadas, teóricamente favorables a las iniciativas locales y privadas, han sido protagonistas de grandes mejoras y también de muchas pérdidas de este patrimonio a veces imperceptible e infravalorado.

Referencias

- Åman, Anders (1992). *Architecture and ideology in Eastern Europe during the Stalin era. An aspect of cold war history*. Cambridge and London: MIT Press.
- Blagojevic, Ljiljana (2011). Postmodernism in Belgrade architecture: between cultural modernity and societal modernization. *Spatium International Review*, 25, 23-29.
- Borja, Jordi (2011). El derecho a la ciudad en la práctica. Espacio público y derecho a la ciudad. En *El derecho a la ciudad* (pp. 139-164). Barcelona: Institut dels Drets Humans de Catalunya.
- Dobrovic, Nikola (1946). Obnova i izgradnja Beograda. *Tehnika*, 2(6), 176-186. [Reconstrucción y construcción de Belgrado.]
- Enyedi, György (1996). Urbanization under socialism. En Gregory Andrush, Michael Harloe e Ivan Szelenyi (eds.), *Cities after socialism, urban and regional change and conflict in post-socialist societies* (pp. 100-118). Oxford, UK: Blackwell Publishers.
- Fowkes, Reuben (2002). The role of monumental sculpture in the construction of socialist space in Stalinist Hungary. En David Crowley y Susan E. Reid (eds.), *Socialist spaces. Sites of everyday life in the Eastern Bloc* (pp. 65-84). Oxford, UK: Berg.
- Ghenciulescu, Stefan (2003) Everyone's space, someone's space, no one's space. En Ioan, Augustin (ed.), *Lost in space* (pp. 398-429). Bucharest: New Europe College.
- Ghenciulescu, Stefan (2006). Private bubbles. Urban space in Bucharest after 1989. En Cosmina Goadea, Stefan Ghenciulescu, Justin Baroncea y Ana Bleahu (eds.), *Fragments of a country* (pp. 38-50). Bucharest: Q-Group.
- Groys, Boris (2011). *The total art of stalinism. Avant-garde, aesthetic, dictatorship, and beyond*. London and New York: Verso.
- Ioan, Augustin. (1999). A postmodern critic's kit for interpreting socialist realism. En Leach, Neil (ed.), *Architecture and revolution. Contemporary perspectives on central and eastern Europe* (pp. 62-66). London: Routledge.
- Ioan, Augustin y Marcu-Lapadat, Marius (1999). *Man made environment in the post-stalinist Europe*. Prague: Open Society Institute.
- Mateos Miret, Roger y Projopljevi, Jelena (2012). *Corea del Norte · utopía de hormigón. Arquitectura y urbanismo al servicio de una ideología*. Brenes, Sevilla: Muñoz Moya Editores.
- Smith, David M. (1996). The Socialist City. En Gregory Andrush, Michael Harloe e Ivan Szelenyi (eds.), *Cities after socialism, urban and regional change and conflict in post-socialist societies* (pp.70-99). Oxford, UK: Blackwell Publishers.
- Sudjic, Deyan (2007). *La arquitectura del poder. Cómo los ricos y poderosos dan forma a nuestro mundo*. Barcelona: Ariel.
- Vale, Lawrence J. (2008). *Architecture, power and national identity* (2nd ed.). London: Routledge

Historia editorial

Recibido: 8/02/2013

Aceptado: 2/04/2013

Publicado: 8/05/2013

Formato de citación

Prokopljevic, Jelena (2013). Espacio público en la ciudad socialista: entre la abundancia y la indefinición. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 3(1), 89-104. Disponible en <http://nevada.ual.es:81/urbs/index.php/urbs/article/view/prokopljevic>



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Reconocimiento 3.0](http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/deed.es) España de *Creative Commons*. Puede copiarlos, distribuirlos, comunicarlos públicamente, hacer obras derivadas y usos comerciales siempre que reconozca los créditos de las obras (autoría, nombre de la revista, institución editora) de la manera especificada por los autores o por la revista. La licencia completa se puede consultar en <http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/es/deed.es>.

Es responsabilidad de los autores obtener los permisos necesarios de las imágenes que estén sujetas a *copyright*.

Para usos de los contenidos no previstos en estas normas de publicación, es necesario contactar directamente con el editor de la revista.